EL CHISTE.

COLECCION

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

YA ENCONTRE LO QUE BUSCABA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL

DE

DON JOSÉ ESPINOSA.

MADRID.—1872.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.

MAGDALENA, 40.

YA ENCONTRE LO QUE BUSCABA.

YA ENCONTRÉ LO QUE BUSCABA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL

DE

DON JOSÉ ESPINOSA.

Representada con extraordinario aplauso en el Teatro de Variedades la noche del 24 de Febrero de 1872.

MADRID.—1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES. — ACTORES. —

LEONOR	Sra. Buzon.
LUISA	Srta. Gonzalez.
DON CLAUDIO.	Sr. Luján.
DON SEBASTIAN	Riquelme.
LUIS.	Ruesga.

La escena contemporánea.

ACTO ÚNICO.

Una sala medianamente amueblada.—Al foro una puerta y dos ventanas que dan á un jardin.—Á la derecha dos puertas y una á la izquierda.—En primer término una mesa con lo necesario para escribir.—La primera puerta de la derecha es de un gabinete sin salida.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, despues D. Claudio.

(Al levantarse el telon aparece Luisa llamando á la puerta de la izquierda.)

LUISA. No responde!..... Habrá salido de paseo!..... Ah! Aquí está el señor don Claudio!

D. CL. (Entrando con apariencia de cansancio y arrojándose en un sillon.) Estoy molido! No puedo más! Esta Leonor quiere asesinarme.

LUISA. Tenga usted muy buenos dias, señor don Claudio.

D. CL. Muy buenos, Luisita.

LUISA. Está usted muy cansado á lo que parece?

D. CL. Estoy muerto! Me han hecho andar dos leguas sin almorzar, y todo para ver una cosa que nada tiene que ver. El nacimiento de un riachuelo que nace como todos los demás, de una fuente, al pié de un

monte. Se acabó; ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí, y hoy mismo, diga Leonor lo que quiera, nos volvemos á Antequera.

LUISA. Pues ¿cómo, si aún no se ha dado usted quince baños?

D. CL. Y quién le ha dicho á usted que yo necesito bañarme? He venido aquí por complacer á Leonor; y por complacerla tambien he aparentado creer que me harian provecho los baños, cuando me hacian tanta falta como volverme moro. (Se levanta.)

LUISA. Qué lástima! La amistad que su señora de usted me profesa era mi único consuelo en la vida solitaria que llevamos mi madre y yo. Todas las mañanas cuando no iban ustedes de paseo venia yo á hablar con ella; le contaba mis penas y oia sus consejos, que me los daba con tanta amabilidad y gracia...

D. CL. Ya! Y no es usted la única persona á quien gusta la amabilidad de mi mujer; hay sin número de barbilampiños que sin cesar la rodean, en tanto que yo la sigo hecho un azacan y sin descansar un instante. Ayer, sin ir más lejos, me hicieron montar sobre un animalito, cuyo paso castellano y apacible génio me ponderaron; y el resultado fué que echó á correr sin poderlo yo contener y dió con mi cuerpo en un trigo, en lo que al menos tuve fortuna, porque ya me contaba rodar por un despeñadero.

LUISA. No sabrá usted tenerse á caballo?

D. CL. Nó; pero sé caerme muy bien, y no me acomoda repetir la gracia muchas veces. Por lo tanto, hágame usted el favor de decir á su mamá que se sirva enviarme la cuenta del alquiler de la habitacion.

LUISA. Conqué no hay remedio?

D. CL. Ninguno. Esta misma tarde nos ponemos en camino.

LUISA. Pues entonces voy á prevenírselo á mamá. (Vase por la derecha.)

ESCENA II.

DON CLAUDIO, solo.

Todavía no viene Leonor; ni siquiera se acuerda de que yo existo! (Se acerca al foro.) Ahí está en medio de una turba de mequetrefes haciendo á todos cara. Ay! ay! ay! Esto no puede acabar bien... Vamos, gracias á Dios que ya viene hácia aquí con don Luisito y don Sebastian.

ESCENA III.

DICHO, LUIS, DON SEBASTIAN Y LEONOR por el foro.

LEO. Magnífico paseo hemos dado! Qué delicioso es el campo por la madrugada! Yo no me he cansado nada.

D. CL. Pues yo estoy molido y rabiando de hambre.

LEO. Jesús! qué hombre! Siempre se está quejando!

LUIS. Pues si ustedes quieren, iremos despues del almuerzo á ver la cascada.

LEO. Ah! Sí; iremos, iremos.

D. SEB. Seria mejor dejarlo para otro dia; porque acaso tanto andar no le haga provecho...

LEO. Qué? Ni por pienso! Los médicos le han mandado que haga mucho ejercicio.

D. SEB. Y además el camino de la cascada es muy escabroso.

LEO. Tanto mejor! Cuantos más riesgos y trabajos cuesta alcanzar una cosa, tanto más gusta luego.

D. SEB. Ya suponia yo que no habian de arredrar á usted los peligros, porque he observado que les sale al encuentro. Pero no sucede lo mismo á su marido...

LUIS. Ya! Pero hay otro camino que yo sé, y en el cual no hay riesgo alguno.

D. SEB. Más que la oscuridad. Tambien yo lo conozco. Se pasa por un bosque sombrío, y el señor don Claudio, que no vé muy bien...

LUIS. (Maldita sea tu casta!)

D. SEB. Un tropezon á su edad podria tener muy malas consecuencias.

LEO. Caballero, mi marido no necesita intérprete ni defensor.

D. CL. Es claro, y para probarlo digo que no iremos á ver la cascada... Sin embargo, como á mi mujer le agrada pasear, esta misma tarde emprendemos nuestro viaje á Antequera.

LUIS. (Cielos!)

D. SEB. (Se marcha! Al cabo más vale así.)

LEO. Vamos, déjate de chanzas.

D. CL. Hablo con la mayor seriedad.

D. SEB. Hace usted muy bien. Entiendo algo de medicina, y he observado que le sientan á usted mal los aires de este pueblo.

LEO. Pero eso de marchar así de repente y sin ningun motivo... Vaya, no puede ser.

D. CL. Pues sin embargo, será.

LEO. Eso es un capricho.

LUIS. Tiene usted razon.

D. SEB. (Bajo á don Claudio y mirando á los otros.) No ceda usted.

D. CL. Ahorremos palabras inútiles. Así lo he resuelto y basta! hola! hola!

LUIS. (Pobre Leonor! Cuán desgraciada es!)

D. SEB. Supuesto que es cosa decidida, me marcho para que puedan ustedes hacer los preparativos con toda libertad y volveré más tarde á hacer mi visita de despedida.

LUIS Yo vendré luego á traer á usted el álbum.

LEO. Cuando usted guste, señor don Luis, pero aún no nos hemos marchado.

D. CL. No tardará mucho.

LUISA. (Entrando y dirigiéndose á don Claudio.) Señor don Claudio, aquí tiene usted lo que pidió.

D. CL. Muy bien; salgo al momento.

(Vánse don Claudio por la derecha y los otros por el fondo.)

ESCENA IV.

LEONOR Y LUISA.

LUISA. Con que nos dejan ustedes?

LEO. Se le ha puesto en la cabeza á mi marido!... Pero acaso lograré convencerle.

LUISA. Ah! Sí; hágalo usted por Dios; ahora más que nunca necesito que me aconseje y me guie.

LEO. Pues cómo? Qué le ha sucedido á usted? Tiene usted algun pesar?

LUISA. Sí señora; uno y muy grande.

LEO. Cuál?

LUISA. Creo que quieren casarme.

LEO. Y no es otra cosa? Me habia usted asustado.

LUISA. Pues qué, le parece á usted poco?

LEO. Toma! otras en su lugar de usted estarian locas de contento.

LUISA. Pues yo quisiera quedarme soltera toda mi vida.

LEO. Jesús! No sabe usted qué se dice ni lo que es llegar á cierta edad sin casarse.

LUISA. Debe ser cosa triste; pero aún es peor casarse con don Sebastian Cuadrado.

LEO. Don Sebastian! Conque ese es el novio?

LUISA. No señora; sino que es pariente lejano de mi madre y tiene un pleito con nosotras acerca de una herencia...

LEO. Entre parientes eso es lo comun. Pero si no tiene usted otra razon...

LUISA. Otra! Tengo otra, sí señora; pero nunca se la diré á nadie.

LEO. A nadie mas que á mí, que soy su amiga de usted

y su confidenta... y quién sabe? Acaso podré hacer algo por usted.

LUISA. De veras? Pues entónces... pero...

LEO. Vamos, yo la ayudaré á usted. Hay un jóven, buen mozo... elegante...

LUISA. Sí señora, sí... ha de saber usted... que el año pasado...

ESCENA V.

DICHAS y D. CLAUDIO.

D. CL. Luisita; me hará usted el favor de dar esto á su madre. (Le entrega un papel con dinero.)

LEO. Bien, bien, déjanos; acabas de interrumpir una conversacion que me interesaba mucho.

D. CL. Lo siento en extremo, pero el almuerzo nos espera, y además hay que disponer lo necesario para el viaje.

LEO. Conque todavía insistes?...

D. CL. Todavía.

LUISA. Voy pues á llevar esto á mamá.

LEO. Adios, Luisa...

LUISA. No me despido. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI.

D. CLAUDIO y LEONOR.

LEO. Supuesto tio que ya estamos solos, se me figura que lograré hacer que usted se convenza y atienda á razones.

D. CL. Sobrina, toda razon es inútil, porque ninguna escucho.

LEO. Pues entónces se volverá usted solo, porque no salgo de aquí sin llevarme un marido á mi pueblo.

D. CL. El dia que te cases será uno de los más alegres de mi vida. Pero yo quisiera saber cómo piensas con-

seguirlo; porque supongo que no será andando de aquí para allí y haciéndome pasar por marido tuyo, cosa, que en paz sea dicho, está muy lejos de parecerme bien.

LEO. Pues usted mismo consintió en ello de buena voluntad.

D. CL. Porque no me ocurrió una infinidad de dificultades...

LEO. Ni á mí tampoco. Solo quise no pasar aquí por lo que soy en Antequera. Por una solterona! y para ello recurrí al matrimonio: porque al cabo, una mujer casada no hace nunca un papel ridículo.

D. CL. No; es el marido el que lo hace.

LEO. Y ya vé usted que en esta parte, me ha salido perfectamente mi idea, y en vez de ser una soltera vieja, soy una casada jóven, y los mismos que no se hubieran acercado á la una, llenan de obsequios y adulan á la otra.

D. CL. Tú mira bien lo que haces; porque quizás esos mismos que te adulan y te obsequian ahora, cuando sepan que eres soltera...

LEO. Ese es todo mi temor; aunque mi intencion era lograr antes de que nada se supiese, que alguno llegase á cobrarme cariño sincero.

D. CL. No seria malo.

LEO. Que me amase á todo riesgo...

D. CL. Sí, sí; ya entiendo! Has hecho muy bien en confiarme el secreto, porque como dice el refran, más ven cuatro ojos que dos, y puestos ambos de acuerdo, no es difícil alcanzar que alguno... verbi-gracia, don Luis, que á lo que creo está enamorado de tí de veras...

LEO. Está usted cierto?

D. CL. Él fué quien me obligó á montar á caballo.

LEO. No es verdad que es escelente muchacho? Rico, sin parientes, dueño de sus acciones... seria un marido perfecto.

D. CL. Pues entónces á él y no hay que perder tiempo. Supongo que ya se habrá declarado?

LEO. Todavía no; es algo tímido, y luego que ese don Sebastian no nos deja respirar un momento.

D. CL. Puede que tambien esté enamorado de tí.

LEO. No señor, si vá á casarse! y además, nunca me dirige ningun cumplimiento, ni me hace el más mínimo obsequio. No sé qué manía le ha dado de estarme siempre espiando y persiguiendo. Es un pesado del que no sé cómo librarme.

D. CL. Déjalo de mi cuenta, que yo me entenderé con él; pero ha de ser con la condicion de que luego que se arregle tu matrimonio, nos volveremos á Antequera. No sabes cuánto deseo hallarme tranquilo en mi casa.

LEO. Tampoco deseo yo ménos volver á ella con mi marido y poder decir á todas las envidiosas del pueblo; miradle.

D. CL. Ahí le tienes ya.

LEO. Pobre jóven! Mire usted qué triste está!

ESCENA VII.

DICHOS Y LUIS.

LUIS Señora, aquí está el álbum. (Aparte á Leonor.) Y tendría que pedir á usted un favor.

LEO. Qué?

LUIS. Que luego que estuviese sola se dignase hojearlo.

LEO Se lo prometo á usted... pero aún no lo necesitaba, porque no nos marchamos ya.

LUIS. De veras? (Con alegría.)

(Entran por la derecha dos criados con una mesa dispuesta, que colocan en la derecha en primer término.)

D. CL. Eh? Aquí está el almuerzo. Vamos, señor don Luis, háganos usted el obsequio de acompañarnos. (Aparte á Leonor.) Qué tal?... Ya ves con qué destreza...

LUIS. Pero es que...

D. CL. Sin ceremonias. (Aparte.) Si el vino le desatase la lengua...

LUIS. En efecto... pero...

LEO. Acepte usted. (Aparte.)

LUIS. Pues señor, acepto con mucho gusto. (Pone el álbum sobre el velador de la izquierda.)

D. CL. Eso es; siéntese usted ahí; al lado de mi mujer. (Se sientan á la mesa Leonor en medio, Luis á su derecha y D. Claudio á su izquierda.)

LUIS. Con mucho gusto. (Qué cambio desde esta mañana acá!)

ESCENA VIII.

DICHOS. D. SEBASTIAN.

D. SEB. Qué veo!

D. CL. Hola! D. Sebastian!

LUIS. (Este hombre es mi sombra!)

D. SEB. (La serpiente se ha hecho convidar á almorzar?... La fortuna es que se marchan.)

D. CL. Llega usted á buena hora.

LEO. Este caballero ha cedido á nuestras repetidas instancias, y dado prueba de su amabilidad.

D. SEB. Sí; de la amabilidad de su estómago.

D. CL. (Aparte á D. Luis.) Déjelo usted decir lo que quiera y coma sin reparo.

D. SEB. Dispensen ustedes si les he interrumpido. Venia á despedirme, y veo que me he dado demasiada prisa.

LEO. En efecto; aún habia tiempo, porque nuestra marcha se ha diferido por algunos dias.

D. SEB. Conque permanecen ustedes aquí?

LEO. Si usted no halla inconveniente.

D. SEB. (Esto era de esperar! Pobre hombre! qué ceguedad! No; pues yo no los he de dejar ni á sol ni á sombra, y por el pronto me posesiono de una silla. (Se sienta junto al velador de la izquierda.)

LUIS. Pues no piensa marcharse.

D. CL. Y díme, Leonor, qué te parece que hagamos despues de almorzar? Esta mañana se habló de una cascada, y si tienes mucho empeño en verla...

D. SEB. Pero no recuerda usted su cansancio?

D. CL. No lo siento ya.

D. SEB. Se conoce. (Toma el álbum y lo va hojeando.)

LUIS. Y luego, que tambien podemos ir á caballo.

D. CL. No, no; nada de eso, gracias. Iremos á pié, despacito: usted dará el brazo á mi mujer.

D. SEB. (Qué hombre tan estólido!) (Recorriendo el álbum.) Pero qué es esto? palabras escritas con lápiz! «Señora, yo adoro á usted.»

D. CL. (Levantándose de la mesa.) Lo que es usted, señor don Sebastian...

D. SEB. Eh?... (Deja el álbum.)

D. CL. Quizás no podrá acompañarnos.

LEO. Es muy probable; porque como va á casarse, no le faltarán ocupaciones.

D. SEB. Qué saben ustedes?

LEO. Sí, lo he sabido indirectamente.

LUISA. Lo que es yo, lo ignoraba, y nunca lo hubiera creido, viendo cuán poco obsequioso es usted con las señoras.

D. SEB. Eso consiste en que no gusto de comprometer á nadie.

D. CL. Vamos, Leonor, necesitas disponerte.

LUIS. Volveré dentro de media hora para recoger á ustedes.

D. SEB. No puedo resistir más. (Váse Leonor por la izquierda.)

ESCENA IX.

D. SEBASTIAN Y D. CLAUDIO.

D. SEB. (Deteniendo á D. Claudio, que se dirigia á su habitacion.) Señor don Claudio!

D. CL. Qué hay?

D. Seb. Oiga usted dos palabras.

D. Cl. Luego, luego, ya ve usted que estoy de prisa.

D. Seb. Es que es muy interesante lo que tengo que decir á usted.

D. Cl. Sepamos de qué se trata.

D. Seb. Pues señor, ya sabrá usted que hay en el mundo una infinidad de solterones que tienen una marcada prediléccion á las mujeres casadas.

D. Cl. Vamos, y qué?

D. Seb. Que yo soy uno de ellos.

D. Cl. Usted?

D. Seb. Es decir, soy y no soy; he sido.

D. Cl. Pero al cabo?...

D. Seb. Sí, amigo mio; pero tales cosas me han pasado, y tal miedo he cogido á los galanteos de cierto género, que no puedo mirar á una mujer casada, se entiende si es bonita, sin que me dé un temblor nervioso: al momento me digo á mí mismo... «Ya me voy á enamorar!» y como lo digo sucede; y así me ha sucedido con la de usted.

D. Cl. Con la mia?

D. Seb. No hay que enfadarse, porque ya he dicho que esto me sucede sin querer, y que procuro contenerme. Por lo mismo, me haria usted sumo favor en plantar á don Luis de patitas en la calle.

D. Cl. A don Luis? Pues qué tiene que ver?...

D. Seb. Ahí es nada! Que está enamorado como un loco de su mujer de usted.

D. Cl. Qué disparate!... No puede ser! Y además, á usted qué le importa?

D. Seb. Que si me importa? Pues no se hace usted cargo, buen señor, de mi situacion? Póngase usted en mi lugar y reflexione. Yo estoy un punto menos que enamorado de su mujer de usted, y sin embargo, huyo de ella y no quiero seducirla.

D. Cl. Doy á usted un millon de gracias por tanto favor.

D. Seb. No tiene usted de qué dármelas, porque no todo

es virtud. Ahora bien, ¿le parece á usted justo, que cuando yo hago tan heróico sacrificio, pierda todo el fruto de él y lo gane un imberbe mequetrefe? Y esto, á ciencia y paciencia mia y sin que haga usted nada para estorbalo. Pues amigo, guárdese usted, porque tanto va el cántaro á la fuente... Creo que me explico!

D. Cl. Pues no entiendo una palabra.

D. Seb. Digo, cándido anciano, que si usted continúa dejando á su mujer á sus anchas, acaso el diablo me tiente; porque al cabo diré yo para mí: con un marido como este... la cosa es clara.

D. Cl. Demasiado. Pero Dios le libre á usted de caer en la tentacion.

D. Seb. Se dará mayor injusticia!.... Pues venga usted acá, hombre de Satanás. ¿No estoy predicando porque no llegue ese caso? ¿No he recurrido al único medio que me quedaba, tratando de casarme? Pues entonces, ¿qué más quiere usted? No soy yo el enemigo temible, sino ese don Luisito que cada dia gana más terreno.

D. Cl. Casi me atrevo á apostar á que en su vida ha hecho ninguna declaracion amorosa á mi mujer.

D. Seb. Toma! Ya lo creo! Si no le he dejado respirar un instante, ni hablar una vez á solas con doña Leonor! Pero sino habla, escribe, y para el caso es lo mismo. (Toma el álbum.) Mire usted, mire usted qué tal se explica el niño, y acabe de convencerse si es capaz de ello.

D. Cl. (Tomando el álbum.) Vamos á ver. «Señora: yo adoro »á usted, y usted va á partir. Dejar de verla me »es imposible, y estoy resuelto á seguirla á todas »partes, y á morir primero que consentir en per»derla.»

D. Seb. Eh? Qué tal? Qué le parece á usted?...

D. Cl. (Alegre.) Que el muchacho está verdaderamente enamorado á lo que se ve.

D. Seb. Nada más que eso? Y no se llena usted de indignacion?

D. Cl. Sí tal que me lleno! «A morir primero que consentir en perderla.» No tenga usted cuidado, que ya diré yo á Leonor cuántas son cinco.

D. Seb. Qué disparate! No le diga usted ni una palabra. Al contrario, rompa usted la hoja del álbum.

D. Cl. Ni por pienso.

D. Seb. Pues no conoce usted que si ella no sabe nada...?

D. Cl. Yo se lo diré, y veremos qué contesta.

D. Seb. Vá usted á hacer una necedad.

D. Cl. Voy á ponerla como hoja de perejil.

ESCENA X.

DICHOS Y LEONOR.

Leo. Ya estoy dispuesta. No ha venido todavía don Luis?

D. Cl. (Presentándola el álbum.) Mire usted, señora, mire usted las consecuencias de su poca cautela y de su mucha coquetería.

Leo. Pues qué ha sucedido?

D. Cl. (Aparentando cólera.) Lea usted... lea usted... (Es una declaracion de D. Luisito.)

Leo. De veras? (Lee.)

D. Cl. Lea usted y avergüéncese. (A don Sebastian.) Eh? me explico?

Leo. Pues acaso tengo yo la culpa de que uno se enamore de mí, sin yo quererlo?

D. Cl. Sin usted quererlo, cuando es usted la que provoca? Señora... no hay que buscar tres piés al gato.

D. Seb. Vamos, basta ya, señor D. Cláudio.

Leo. Es una injusticia atroz! (A D. Cláudio.) (Va á venir! Llévese usted á D. Sebastian.)

D. Cl. (Bueno.) Y cuidado conmigo! Porque si llego á descubrir lo mas mínimo!... Si llego á conocer!...

LEO. Esto solo me faltaba! Qué suerte la mia! Sí señor! Logrará usted verme muerta.

D. SEB. Ay! Dios mio! que le va á dar una congoja! (Se coloca cerca de Leonor como que va á socorrerla.)

LEO. Déjeme usted! déjeme usted caballero, que solo usted tiene la culpa de lo que está pasando, puesto que es el que incita á mi marido!

D. CL. Vámonos de aquí, que si no, voy á hacer un disparate.

D. SEB. Pero no considera usted... (Bajo á D. Cláudio.)

D. CL. Nada considero... sino que si vuelve á contestarme una sola palabra...

D. SEB. Ya! pero él en tanto va á venir...

D. CL. Soy capáz de dejarla en el sitio.

D. SEB. Hombre! por Dios!...

D. CL. (Tirando de él.) Sáqueme usted de aquí, sáqueme usted. (A Leonor.) Ha de morir usted á mis manos! (Volviéndose á D. Sebastian á quien se lo lleva casi arrastrando.) Sáqueme usted de aquí con mil diablos!

ESCENA XI.

LEONOR, despues D. LUIS.

LEO. (Con el álbum en la mano.) Dice que me ama! Ah! Si fuese cierto, y lograse...

LUIS. Allí está! tiene el álbum en la mano!

LEO. (Con alegría.) (El es!) Extraño mucho que tenga usted valor para ponerse en mi presencia, sabiendo...

LUIS. Demasiado bien sé por mi desgracia, que pertenece usted á otro hombre, que será sin duda muy digno de aprecio, pero que yo aborrezco con toda mi alma, y si por fortuna tuviese quince años menos...

LEO. Calle usted, calle usted, que si mi marido lo oyera... (se pondria loco de contento!)

LUIS. ¿Y cómo quiere usted que guarde silencio al ver una mujer jóven y hermosa encadenada?... Oh! el

matrimonio es un lazo de hierro, que no me sujetará jamás.

LEO. Se equivoca usted completamente, amigo mio; yo creo por el contrario, que el matrimonio es una institucion excelente y que debe fomentarse á toda costa.

LUIS. ¿Es decir que usted no me ama, puesto que desea verme casado?

LEO. Y por qué no, si encuentra usted una mujer?...

LUIS Ah! Señora!... Una sola hay en el mundo...

LEO. Ya ve usted que al menos hay una.

LUIS. Pero esa, no está ya libre.

LEO. Bien, pero supongamos que lo estuviese.

LUIS. Oh! entonces seria mi dicha mayor el casarme con ella.

LEO. Ah! Si fuese usted sincero y tal como dice...

LUIS. ¿Por qué no ha de serme lícito jurárselo á usted arrodillado á sus piés? (Se arrodilla.)

D. SEB. (Aparece al foro.) Señor don Claudio! Señor don Claudio!

LEO. Don Sebastian! (Váse apresuradamente por la izquierda.)

LUIS. El marido! (Se esconde en el gabinete de la derecha.)

ESCENA XII.

DON SEBASTIAN. Despues DON CLAUDIO.

D. SEB. Lo habia previsto y se lo tenia dicho, pero él empeñado en que no! (Se sienta en un sillon de la derecha.)

D. CL. Qué? Qué es eso? Qué le ocurre á usted?

D. SEB. Qué me ocurre á mí?

D. CL. Sí; por qué daba usted esos gritos? (Se sienta á la izquierda.)

D. SEB. Porque estaban ahí!... Los sorprendí juntos.

D. CL. A quién? No veo á nadie.

D. SEB. Cómo los ha de ver usted si han echado á correr?

Pero el niño, el don Luisito, estaba á los piés de su mujer de usted.

D. Cl. (Levantándose.) De veras? Está usted seguro de ello?

D. Seb. Pues no le digo á usted que yo mismo lo he visto?

D. Cl. (Enfadado.) Y quién le manda á usted venir así, de improviso?

D. Seb. Eso es decir que he hecho mal en estorbar?

D. Cl. Es decir que se mete usted donde no le importa.

D. Seb. Conque tiene usted gusto en ser?...

D. Cl. Bien, y qué?

D. Seb. Cómo y qué?

D. Cl. Que nada tiene usted que ver en ello.

D. Seb. Lo que usted dice es indigno! pero nó; veo que usted se chancea y conozco que necesita pruebas para creer... (Se dirige al gabinete.)

D. Cl. Para creer qué? (Deteniéndole.) A dónde vá usted?

D. Seb. A sacar al don Luisito que se ha escondido ahí.

D. Cl. (Poniéndose delante de la puerta.) En ese gabinete? (Pobre muchacho!) Señor don Sebastian, le notifico á usted por la última vez, que me deje tranquilo y se abstenga de meterse en lo que no le importa.

D. Seb. Nó; si quiero convencer á usted. (Quiere entrar.)

D. Cl. (Estorbándoselo.) Dígole á usted que se deje de majaderías.

D. Seb. Hombre, no sea usted terco.

D. Cl. Ya se acaba mi paciencia. Salga usted al punto de mi casa.

D. Seb. (Con resolucion.) Está bien; pero acuérdese usted de que soy echado ignominiosamente.

D. Cl. Váyase usted con mil diablos!

D. Seb. Bueno! Bravo! Y al cabo yo me tengo la culpa por ser tan bonachon que me empeño en librar á usted de un precipicio, cuando debiera estar pensando en mi casamiento... Beso á usted la mano. (Váse y vuelve.)

D. Cl. Gracias á Dios!

D. SEB. Pero tenga usted presente lo que le digo. (Don Claudio corre á ponerse delante de la puerta.) No escapa usted de esta.

D. CL. Hombre, quiere usted acabar de dejarme en paz?

D. SEB. Ya voy; pero no olvide usted que le amenaza una desgracia. (Váse.)

D. CL. No será mayor que la de tener que sufrirle á usted.

ESCENA XIII.

DON CLAUDIO y luego LUIS.

D. CL. (Yendo á abrir la puerta del gabinete.) Se me figuró que no podia quitármelo de encima. Vamos, salga usted!

LUIS. Suplico á usted, señor don Claudio, que no haya ruido ni escándalo.

D. CL. Tal es mi intencion. (Con amabilidad.) Pero qué es eso? Qué tiene usted?

LUIS. Sí señor, confieso que me inquieta el pensar que tal vez he comprometido... pero puedo asegurar á usted, que á pesar de las apariencias, yo solo soy culpable; puede usted elegir armas, hora y sitio; como mejor le parezca.

D. CL. Poco á poco, hombre; poco á poco. A ver si nos entendemos! Pues señor... (No sé cómo dorarle la píldora.) Antes de todo, señor don Luis, quiero que me prometa usted ser franco conmigo y responder con toda claridad á lo que le pregunte.

LUIS. Lo prometo.

D. CL. Muy bien... Ahora dígame usted si en efecto ama de veras á... mi mujer.

LUIS. Tal pregunta....

D. CL. Usted me ha prometido responder con toda franqueza, y yo necesito saber si su amor es solo un capricho.

LUIS. Un capricho? Mentiria yo si tal digera. La adoro con inestinguible pasion.

D. Cl. Bravo! Se casária usted con ella sin titubear?...

Luis. Cifraría en hacerlo toda mi dicha.

D. Cl. Sí? Pues venga esa mano.

Luis. Pero...

D. Cl. Y si quiere usted casarse con mi mujer tiene mi consentimiento.

Luis. Usted que es su marido?...

D. Cl. Yo no he sido nunca casado.

Luis. Y su mujer de usted?...

D. Cl. Mi mujer es tambien soltera.

Luis. Soltera?

D. Cl. (Reventó la bomba!)

Luis. Y usted es?...

D. Cl. Soltero, y tio de Leonor para lo que usted guste mandar.

Luis. Su tio!

D. Cl. Vamos, y quiere usted ahora batirse conmigo?

Luis. Pido á usted mil perdones... Soltera!... Qué lejos estaba yo de pensar!... (Con cierto embarazo.) Pero consentirá Leonor en hacerme dichoso?

D. Cl. Amigo, respecto á eso nada puedo decir, y le aconsejo á usted que se dirija á ella... de frente, eh?

Luis. Ahora me causa rubor... y lo que usted me ha dicho... (soltera!) Y si ella rehusase...?

D. Cl. No creo... Es decir... puede...

Luis. Me parece que será lo mejor escribirle.

D. Cl. Muy bien pensado... Escriba usted.

Luis. No sé cómo?...

D, Cl. Sí, sí, ya entiendo. Siéntese usted que yo le dictaré. «Señorita: Es usted la única mujer que amo y »y que he amado en toda mi vida.»

Luis. (Pobre Luisa!)

D. Cl. Usted habrá amado á otras muchas; pero no importa, eso no se dice nunca. «Mi suerte se halla en »sus manos, y me atrevo á suplicarla que no me »llene de desesperacion rehusando dar su mano al

»que ha entregado á usted su corazon.» Ahora firme usted. (Ha firmado! Oh! jóven apreciable!...)

LUIS. Se acabó... Ay Dios!... Ella viene!...

ESCENA XIV.

DICHOS Y LEONOR.

D. CL. No podias, Leonor, venir mas á tiempo. El señor lo sabe ya todo.

LEO. Conque sabe ya?...

LUIS. Todo, señorita; mi dicha depende solo de su resolucion.

LEO. Pues cómo?

D. CL. Acaba en este momento de escribirte pidiendo tu mano.

LEO. De verás?

LUIS. Aquí está la carta. Si se digna usted leerla y tomar en consideracion mi amor...

LEO. Caballero... una declaracion tan imprevista...

LUIS. Rehusa usted?...

LEO. (Tomando la carta.) No he dicho eso.

D. CL. (A D. Luis.) Ha aceptado; no lo dude usted.

LUIS. Colma usted mi felicidad!... y teniendo la dicha de poseerla!... Vaya! voy á anunciar á todos tan inesperado...

LEO. Poco á poco, señor don Luis, y no parta usted tan de ligero. Mi tio desea con ánsia volver á Antequera; y si usted no tiene inconveniente, podemos celebrar allí nuestro casamiento.

LUIS. La voluntad de usted es ley para mí.

D. CL. Pues entonces partamos al momento, sin mas detencion que la necesaria para tomar el coche.

LUIS. Sí, sí; partamos al momento. (Tanto mejor, porque si acaso llegara á tropezar con Luisa...) Voy á prepararlo todo.

D. CL. No tarde usted, que nosotros pronto estamos dispuestos. (Vase Luis.)

ESCENA XV.

DICHOS menos D. LUIS.

D. CL. Pues, señor, gracias á Dios, ya lograstes acomodo. Voy yo tambien á disponer los trastos!... Ah! Se me olvidaba. Guárdate mucho de don Sebastian y que no llegue á sospechar nada; porque has de saber que está tambien enamorado de tí como un loco.

LEO. Él?... Pues cómo?...

D. CL. Te adora.

LEO. Pobre hombre! Eso basta para explicar su contínuo espionaje.

D. CL. Si llegase á saber que don Luis va con nosotros, me veria obligado á tener otra reyerta de las suyas. Voy, pues.

ESCENA XVI.

LEONOR, sola.

LEO. Se casará conmigo. Lo ha prometido, y con sinceridad!... Veamos lo que me escribia: «Es usted la única mujer que amo y que he amado en toda mi vida.» Dentro de pocos dias ya estaremos casados, y me llamarán la señora de... ¿Cuál es su apellido? Ah! Sí, Cárdenas; la señora de Cárdenas.

ESCENA XVII.

LEONOR Y LUISA.

LUISA. Ah! señora; gracias á Dios que la encuentro á usted, porque solo en usted se cifra ya mi esperanza.

LEO. Siento verla á usted tan afligida, cuando yo estoy muy contenta. Pero sepamos qué hay de nuevo.

LUISA. Don Sebastian ha pedido mi mano, que le ha sido concedida.

LEO. Pobre Luisa! Yo estoy pronta á hacer por usted lo que pueda; pero cómo?

LUISA. Hable usted á mi madre y dígale que yo no amo á don Sebastian. Mi madre la estima á usted mucho, y no dudo que se dejará persuadir. Puede usted tambien decirle que amo á don Luis.

LEO. A don Luis?

LUISA. Pues qué, no se lo he dicho á usted? Él es el que tantas penas me hace pasar.

LEO. Y han hablado ustedes?

LUISA. Sí.

LEO. De veras?

LUISA. Sí señora.

LEO. (Quién lo hubiera creido!)

LUISA. Ya ve usted, señora! él me ama, y á poco que tuviese usted la bondad de interponer su influencia... Porque ya, señora, no confio en más que en su bondad de usted.

LEO. Señora! Señora! (Parece que lo hace á posta.) Ahí viene don Sebastian.

LUISA. Pues entonces, no seria malo que principiase usted por él; y si despues venia don Luis...

LEO. Bien, bien! Basta! Ah! qué idea! (Reflexionando.) Es el único medio de arreglarlo.

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON SEBASTIAN.

D. SEB. Dispense usted, señora, si me tomo la libertad... Buscaba á Luisa.

LUISA. A mí?

D. SEB. Sí, á usted, para decirla que su mamá quiere hablarla al instante. (Estoy resuelto y me caso con ella.)

LUISA. (A Leonor.) Ya lo oye usted... no hay que perder tiempo.

D. SEB. Luisita, su señora madre la llama.

LUISA. Ya voy, ya voy!

D. SEB. Si usted me permite, la acompañaré.

LEO. No, no, quédese usted.

D. SEB. Yo, señora?

LEO. Tengo que hablarle.

D. SEB. Solo con ella! Soy hombre perdido... y sin embargo, no puedo evitarlo, como no sea cometiendo una grosería.

LUISA. (A Leonor.) Me recomiendo á usted.

LEO. (A Luisa.) Vaya usted descuidada y cuente con mi amistad. (Váse Luisa por el foro.)

ESCENA XIX.

D. SEBASTIAN Y LEONOR.

LEO. (Sentándose á la izquierda.) Señor don Sebastian...

D. SEB. Señora... (Solo el sonido de su voz me llega al corazon!)

LEO. Tome usted asiento.

D. SEB. Muy bien, señora. (Va á sentarse al otro extremo.)

LEO. A dónde va usted? Es imposible hablar desde tan lejos. Venga usted aquí, á mi lado.

D. SEB. A su lado! Dios me dé fuerzas para contenerme. (Va á sentarse muy cerca de ella.)

LEO. (Desviándose.) No tanto!

D. SEB. Ah! Sí! Perdone usted.

LEO. Con que ahora...

D. SEB. Ahora solo espero que tenga usted la bondad de indicarme en qué puedo serla útil.

LEO. No se trata de mí.

D. SEB. Lo siento en extremo. Hubiera preferido...

LEO. Sino de Luisa, con quien creo que quiere usted casarse.

D. SEB. Es verdad.

LEO. No le pregunto á usted si la ama.

D. SEB. Se me figura que bien lo merece.

LEO. En efecto; más que nadie.

D. SEB. Más que nadie? Eso es mucho decir... hay otras... una sobre todo... (Qué es lo que voy á decir?) Sí señora, en efecto, más que nadie.

LEO. Pero está usted seguro de que ella corresponda?...

D. SEB. Y por qué no? Al fin llegará á amarme. Soy rico, libre, y despues que me case, colmaré á mi mujer de tales atenciones, y satisfaré de tal modo sus caprichos, que no podrá menos de quererme, siquiera por agradecimiento.

LEO. A ver, señor don Sebastian, míreme usted.

D. SEB. Señora...

LEO. Leo en sus ojos de usted, que no dice la verdad.

D. SEB. Dios de bondad! Pues qué!... Ha adivinado usted?

LEO. Yo no sé si está usted enamorado ó nó; pero sí que no lo está de Luisa, la que en cambio, tampoco le tiene á usted mucha aficion. Por consecuencia, es evidente que semejante matrimonio no tiene piés ni cabeza.

D. SEB. A decir verdad...

LEO. Luisa es muy jóven, y á usted mirándole de cerca, se le ven ya algunos cabellos blancos.

D. SEB. Muy pocos. Se pueden contar.

LEO. Supuesto que se pueden contar, es cierto que los hay. Además, yo he observado su carácter de usted, y no es Luisa la mujer que le conviene.

D. SEB. Puede ser muy bien; pero qué quiere usted?... A falta de otra mejor...

LEO. ¿Sabe usted la mujer que le convendria?

D. SEB. Que si lo sé? Demasiado que lo sé, por mi desgracia.

LEO. Una mujer que le dirigiese y le mandase. Usted tiene necesidad de que le dirijan.

D. SEB. (Qué penetracion!...) En efecto, señora, soy hombre que necesito que alguien me mande y me di-

rija; diré mas, necesito, hasta que se me castigue.

LEO. No lo dudo: en cambio, tiene usted excelentes disposiciones; bondad de carácter, sensibilidad...

D. SEB. Ah! sí, demasiada sensibilidad, y eso es lo que siempre me ha perdido, y lo que ahora me pierde de tal modo, que si no me caso al punto, no sé qué será de mí.

LEO. Está bien, cásese usted; pero no con una chiquilla que necesita que la dirijan. Hallará usted otras mil, que en su lugar...

D. SEB. (Acercando su silla.) En su lugar!...

LEO. (Separándose.) Por ahora estése usted quieto en el suyo. Pues como digo, hallará usted mil mujeres, que no se harán de rogar...

D. SEB. Cómo? Con que usted cree?...

LEO. Si lo creo? Usted es un excelente sugeto, y de no despreciable figura.

D. SEB. (Levantándose y colocando su silla en el fondo.) Basta, señora; basta por Dios!

LEO. (Levantándose.) Qué tiene usted?

D. SEB. Qué tengo? Lo que tengo, es una enfermedad... una locura, que jamás se me curará.

LEO. Pues usted entiende algo de medicina.

D. SEB. Ah! no se ria usted señora, sino compadézcase usted de mí, que quisiera ahora hallarme á cien leguas de aquí.

LEO. Tanto le asusto yo?

D. SEB. Sí señora, sí; con solo verla, no sé lo que me pasa, su presencia me encanta, y me llena al mismo tiempo de temor. Con solo oir su voz, principio á temblar; quiero huir y no puedo, porque, aún este temor tiene para mí atractivo. (Cogiéndola una mano.) Dígnese usted perdonarme! conozco que esto es delirar.

LEO. Sabe usted, que eso es ni más ni ménos que una declaracion de amor?

D. SEB. Una declara?.. no, nunca! ó mas bien: sí, lo es! Y

supuesto que ya lo he dicho, no me desdigo. Todo lo olvido, y me entrego ciegamente á mi destino... Además que ya le avisé, y nada tiene que decir... Señora!... (Se arroja á sus piés.) Yo la amo á V. Yo...

ESCENA XX.

DICHOS Y D. CLAUDIO por la izquierda.

D. Cl. Qué veo!

D. Seb. Ya está ahí! Lo que dije, mi extremada sensibilidad me ha perdido.

D. Cl. Conque usted es el que decia?... hipócrita! traidor!...

D. Seb. Poco á poco, señor D. Cláudio... Señora, no le crea usted... Desde esta mañana le estoy sin cesar diciendo... amo á su mujer de usted, adoro á su mujer de usted, no me deje usted por Dios solo con su mujer.

D. Cl. Pero usted me prometió no volver más, ¿por qué está usted en mi casa?

D. Seb. Y usted por qué no está? Yo no tengo la culpa, y ya que me he declarado, no me retracto. Cíteme usted ante el alcalde constitucional, ó ante el Tribunal Supremo de Justicia, si quiere; pero lo dicho, dicho, y no me vuelvo atrás.

D. Cl. Y tú, Leonor, ¿cómo has podido consentir? Si cualquiera otro os hubiera sorprendido!... D. Luis, por ejemplo.

D. Seb. Don Luis?...

D. Cl. Acaso hubiera podido trastornarse...

D. Seb. Trastornarse qué?

Leo. Silencio! Héle aquí.

ESCENA XXI.

DICHOS. DON LUIS.

D. Cl. (A D. Sebastian.) Calle usted!... Porque si llega á sos-

pechar de usted lo más mínimo... es capaz de matarlo.

D. Seb. Eh?... Y con qué derecho?

D. Cl. Venga usted á mi habitacion, y puesto que es preciso, lo sabrá usted todo.

D. Seb. Dejarlos otra vez juntos!...

Leo. Vaya usted, señor don Sebastian, yo se lo ruego.

D. Seb. Ella me lo ruega! Qué será, cielos divinos!

ESCENA XXII.

DON LUIS Y LEONOR.

Leo. (Si solo diese ahora oidos á mi enfado...)

Luis. (Que se ha asomado por el foro y se ha detenido como hablando con un criado.) (Pobre Luisa!... Pero ya es tarde.)

Leo. Hola! Es usted, caballerito?

Luis. Venia á decir á usted que todo está arreglado...

Leo. De veras? Conque es decir que está usted dispuesto á seguirme sin titubear?

Luis. (Turbado.) Puede usted dudarlo?

Leo. Vamos; dígame usted con franqueza si se atreveria ahora á escribirme en el mismo sentido?

Luis. Ahora?

Leo. (Señalando á Luisa que viene por el jardin.) Júrelo usted delante de Luisa y quedo tranquila.

Luis. (Luisa!)

Leo. Titubea usted?

Luis. No... pero...

Leo. Basta, no diga usted más... (Si hubiera tenido la desgracia de amarle!...)

ESCENA XXIII.

DICHOS, LUISA por el foro.

Luisa. Ay, señora, que vá á partir!... Acabo de ver el coche á la puerta.

Luis. (Pobre Luisa!)

LUISA. Ah! Está aquí!

LEO. Tranquilícese usted, Luisa, que ese coche es para mí. El señor se queda.

LUIS. Yo?

LEO. Se queda, porque no puede separarse de usted, como me decia hace poco; y en prueba de ello... Aquí tiene usted esta carta, que me suplicaba entregase á V. (Se la dá.)

LUIS. Qué hace usted? (Bajo.)

LEO. Desmiéntame usted si se atreve?

LUIS. (Todo lo sabia!)

LUISA. (Que ha leido.) Cómo, señor don Luis? No ha cesado usted de amarme, y quiere casarse conmigo?

LEO. Sí; no lo dude usted; y cuanto antes... mejor! (Hace pasar á Luisa junto á Luis.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, D. CLAUDIO Y D. SEBASTIAN.

D. SEB. No, no se verificará semejante matrimonio. Me opongo á ello con todas mis fuerzas.

LUIS. Don Sebastian!...

D. SEB. Es preciso que antes nos rompamos la cabeza don Luis y yo.

D. CL. Está usted abusando de mi confianza.

D. SEB. Lo dicho. No lo sufriré.

LUIS. Eso lo veremos, caballero. Ella ha dado su consentimiento, y toca á su madre decidir.

D. SEB. Su madre! Qué? Tiene usted madre? Pues no me ha dicho usted que era huérfana?

D. CL. Pero ¿de quién habla usted?... Nos hemos embrollado á lo que veo.

LEO. En efecto, señor don Sebastian. Despues de lo que usted me ha dicho, creí que renunciaria sin dificultad á la mano de Luisa.

D. SEB. De Luisa?

LEO. Y en ese concepto, me he atrevido á arreglar su casamiento.

D. SEB. Con que ella tambien?...

LEO. Se casa con don Luis.

D. CL. Qué oigo!

D. SEB. De veras?

LUIS. Pues no lo vé usted? Y si ahora insiste usted en disputarme...

D. SEB. No... no disputo nada. Si yo creí que era con esta señorita!

LUISA. Con ella?

LEO. (Calle usted.)

D. SEB. Ya callo. Qué dicha! No sé lo que me pasa!...

D. CL. Pues señor, no entiendo una palabra.

D. SEB. Señor Don Claudio, pido á usted en toda forma la mano de su sobrina.

D. CL. Eso á ella; diríjase usted á ella.

D. SEB. Señorita, pido á usted en toda forma la mano de su tio.

LEO. Qué dice usted?... Já, já, já.

D. SEB. Perdone usted; con la alegría estoy sin mí.

LEO. Aquí está mi mano.

D. SEB. Consiente en ello! Soy su marido! Vamos, voy á perder la cabeza; afortunadamente entiendo algo de medicina.

D. CL. (Gracias á Dios que ya lo tenemos.)

LEO.
Señores, hay que aplaudir
ó silbar; esto se acaba:
que pueda el autor decir:
Ya encontré lo que buscaba.

FIN.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS ESTRENADAS É INÉDITAS

QUE PERTENECEN Á ESTA GALERÍA.

OBRAS EN UN ACTO.

Calabazas á tiempo.
El ramo de lilas.
El amor en velocípedo.
El libro azul.
El lujo de mi mujer.
El hombre de bronce.
Eclipse de luna.
Esto se complica.
¡Estaba escrito!
En busca de mi cartera.
Emociones de un can-cán.
La viuda de Rodriguez.
La Guia de forasteros.
Los Mayorazgos.
Mas vale malo conocido...
Mi gallega de Betanzos (1).
Mi sobrino.
No mas suegros.
No hay boda sin llanto.
No hay muerte como el olvido.
¡Papá!
Por un ramo de violetas (2).
Puertas y armarios.
¿Quién es el muerto?
Tren correo.
Una mision sagrada.
Ya encontré lo que buscaba.

EN DOS ACTOS.

Don Robustiano.
Nadie diga de este agua no beberé.
Un casamiento forzoso.

---

(1) Propiedad de Madrid.
(2) Idem idem.

